

EL ULTIMO ARTICULO DE MARCELINO DOMINGO Y «DIARIO DE LA MARINA»

Días antes de morir, el intelectual español Don Marcelino Domingo, hubo de reconocer el daño que produjera a la causa «republicana» la situación de barbarie creada por los rojos y anarquistas y tolerada por el «gobierno» en Barcelona. Se refiere en ese artículo, publicado por la revista «Bohemia», a los crímenes, saqueos y sistemática destrucción y persecución contra los elementos de orden, realizados por las turbas, y al efecto que esto produjo en la opinión sensata de tirios y troyanos.

Coinciden —aunque demasiado tarde— esos puntos de vista expuestos por el señor Domingo a los casi tres años de guerra, con los que desde los comienzos de la contienda liberadora emprendida por Franco estuvo el DIARIO DE LA MARINA, es decir, que el Caudillo estaba combatiendo el intrusismo rojo y la barbarie mundial lladada a España para desatlarla sin el menor escrúpulo, a ciencia y paciencia de los elementos que debieron ser de orden.

He aquí algunos párrafos de ese artículo de Marcelino Domingo, escrito días antes de su muerte:

«Primera: Cataluña, cuando en julio de 1936 estalló la guerra, se convirtió en el escenario de sucesos y experiencias que los partidarios de los sustantivos hiperbólicos o los interesados en adjetivos denigratorios, llamaron así: la revolución. Mientras Mola con los Navarros se esforzaba en franquear el Guadarrama, en Cataluña, gentes que algún día habrá de investigarse qué llevaban en el alma, o quién les inspiraba o qué mano tenía la cuerda que los hacía bailar a su gusto, dedicáronse a incendiar templos, sacrificar sacerdotes, ejecutar personas, colectivizar tierras y fábricas, constituir comités y controles y erigirse en poder. Todo ello produjo el terror, hundió la economía de la región económicamente más fuerte de España, nos desacreditó en el mundo entero. Todo ello destrozó las energías morales del catalán. A fines de 1936, después de cumplida una misión en América, regresé a Barcelona. La guerra lo llenaba ya todo. El Estado republicano se había reconstituido; el poder tenía plena autoridad; existía un ejército. A los pocos días de encontrarme en Barcelona, se producía un suceso militar glorioso; la ocupación de Teruel por las tropas republicanas. ¿De qué me hablaban sin embargo los catalanes, los del campo y los de la ciudad? Únicamente de la llamada revolución de 1936. La guerra no existía para ellos. La revolución les había acabado el alma y no se recordaban. Por otra parte, la miseria, causada por las experiencias precipitadas realizadas a destiempo o radicalmente equivocadas, contribuían a este hundimiento moral. La llamada revolución mató el impulso para sostener la guerra y por esto, cuando la guerra llegó encontró la economía deshecha y el impulso combativo muerto. Esta es la primera causa».